



La fiesta de los Moros y Cristianos, que se celebra en esta localidad de la bellísima serranía gaditana hasta el próximo lunes, día 7, mantiene inalterable la esencia de las costumbres y tradiciones desafiando el paso del tiempo

Benamahoma, último vestigio en Cádiz de los Moros y Cristianos

Coincidiendo con la festividad de su patrón, San Antonio de Padua, la localidad de Banamahoma, en plena serranía de Cádiz, se viste de gala para renovar un año más una tradición tan secular como es la celebración de las Fiestas de Moros y Cristianos, desde ayer hasta el día 7 de agosto. Esta manifestación popular data de la época de la Reconquista y tiene en esta pequeña población de trescientos habitantes su último vestigio en la provincia gaditana. Cuentan los más viejos del lugar cómo antiguamente el día de San Antonio de Padua, conocido entonces como Día de Gracia, a primera hora de la mañana una banda de Música compuesta por no más de cinco hombres con pitos, trompetas, acordeón, bombo y platillos tocaba la diana que anunciaba la Misa.

Trás ella, la procesión, consistente en sencillas luchas de Moros y Cristianos. Los Moros, con bigote de capitán, con sábanas blancas como pantalón, faja negra o roja a la cintura y toallas con fajas de colores en forma de turbante. Los Cristianos iban de color caqui, con los mismos trajes que se utilizaban en el Ejército. Al mediodía, tras la copita de rigor, paseo hasta el Nacimiento donde los jóvenes contaban historias mientras tomaban una gaseosa bajo la sombra generosa de los árboles y hacían tiempo antes de la capea, para la que los vecinos improvisaban una plaza de palos y habilitan el graderío con tablones y vigas. Las vacas de Mariano, del



la Jara. Tras ser toreadas por los aficionados, retornaban una a una al monte por el mismo lugar por donde habían venido. De noche, hasta bien entrada la madrugada, mayores, jóvenes y niños disfrutaban de la Verbena. Los unos, tomando su cafelito con churros, los otros bailando al son de la banda del pueblo, y los más pequeños, encaramándose a los columpios y a la vieja noria. Por aquél entonces, estas fiestas no habían adquirido la fama y el auge de nuestros días, eran más familiares y acogedoras. Con el paso del tiempo, las formas han cambiado. Ahora el alumbrado ha sustituido las noches a la luz de la luna; una Orquesta que interpreta las canciones de moda del verano ha hecho lo propio con la vieja banda; los mayores y pequeños anteponen los fuegos artificiales a churros y columpios, y una plaza de toros permanente ha hecho pasar a la historia el viejo coso de palos.

Asimismo, el turismo se ha hecho eco de esta tradición y son muchos los gaditanos y andaluces que disfrutan de la celebración de Moros y Cristianos en Benamahoma, convirtiendo las noches en una prolongación del desenfreno y la animación que se vive durante el estío en las localidades costeras.

Pese a todo, la fiesta no pierde su encanto, manteniendo inalterable la esencia de sus costumbres y tradiciones y desafiando al paso del tiempo con la misma firmeza que hasta ahora.

Eugenio CAMACHO